



SALGARI

Los pescadores del "Trey"

El capitán Hans Van Stael se dedica a la pesca de el «trepang», también llamados pepinos de mar, una especie de equinodermos comestibles muy demandados por los chinos y que llegan a alcanzar un gran precio en el mercado. La pesca del «trepang» es muy abundante en los arrecifes australianos y es ahí donde comienza esta historia.

La pesca del «trepang» no es difícil pero la cercanía del continente australiano cuyos aborígenes son conocidos por su ferocidad y ansias de carne humana pone nerviosa a la tripulación del junco formada principalmente por chinos. Por diversas circunstancias el junco debe arribar a la costa australianas y a partir de este momento comienza las aventuras del capitán que acompañado por sus sobrinos y su fiel timonel Cornelio Van Horn tendrá que sobrevivir a los intentos de los aborígenes por apresarlos.

I

LA COSTA AUSTRALIANA

A principios de abril de 1850 iba costeando la región occidental de la tierra de Carpentaria, perteneciente al continente de Australia, una de las esbeltas naves chinas llamadas juncos. Tienen estos barcos alta arboladura, con grandes velas de estera, y la proa alta y redondeada. Los dos grandes escobenes para las cadenas de las anclas que llevan a proa, y que por las pinturas que los adornan semejan ojos, dan a esas naves aspecto de monstruos marinos. El junco navegaba despacio y con grandes precauciones.

Treinta hombres de cráneos rapados y largas trenzas en la nuca, piel amarilla, ojos oblicuos, medio desnudos varios de ellos y otros vestidos con anchas túnicas y calzones, también anchos, de tela floreada, estaban alineados en la borda de la nave, con las cuerdas de maniobras entre las manos, dispuestos a orientar las velas a la primera orden.

De pie en el castillo de proa un hombre de alta estatura, facciones enérgicas, piel bronceada y vestido a la europea, examinaba atentamente la costa australiana con un poderoso anteojo. Podría tener unos cuarenta años, y parecía ser el comandante de aquella tripulación de chinos. Detrás de él dos jóvenes de diez y seis y veinte años, respectivamente, de piel blanca como la de los europeos, pero no atezada como la que suele distinguir a la gente de mar, parecían

esperar con cierta ansiedad el resultado de la minuciosa observación que estaba practicando el del antejojo.

—¿Ves algo? —le preguntó al poco rato el más joven de ellos.

—No, sobrino —contestó éste—. No se ve ni un ser viviente.

—¿Estamos cerca de la bahía?

—La tenemos seis millas delante de nosotros, Hans.

—¿Estás seguro de no engañarte, tío?

—¿Un hombre de mar como yo equivocarse?... Vine aquí el año último a pescar el *trepang*, y no he olvidado la bahía.

—¿Y por qué observas tan minuciosamente la costa?

—Porque me va en ello la piel, y, sobre todo, la vuestra, sobrinos míos.

—¿Qué temes?

—Esa es tierra de salvajes, Hans. Ahora seguramente no hay nadie en la playa; pero de un momento a otro puede cubrirse de australianos.

—¿Oodian quizás a los hombres blancos?

—No distinguen de razas: blancos, negros, amarillos, rojos o aceitunados, todos son manjares apetecibles para ellos.

—¿Comen hombres esos salvajes?

—Como nosotros comemos gallinas.

—¡Qué brutos!

—Tienen hambre, Hans. Su tierra nada produce; no hay animales en ella, o son escasísimos, y tienen que apenar con todo para comer.

—Pero nosotros somos muchos, tío.

—¡Muchos!...

—Y tenemos fusiles y dos lantacas^[1].

—¿Cuentas con los chinos, Hans?... ¡Buena tripulación de conejos!... ¡A los primeros disparos se esconderían en la estiba!

—Es que no veo tan fácil asaltar un barco.

—¿Y cuando tengamos que saltar en tierra para colocar la caldera?

—¿La caldera?

—¡Ah, sí! Olvidaba que vosotros no sabéis aún lo que es la pesca del *trepang*. Todavía sois marinos de agua dulce.

—¡Tío!... —exclamaron los dos jóvenes en tono de reproche.

—Pero pronto seréis verdaderos marinos ¡qué diablo! No se improvisan en un día los lobos de mar.

—Es cierto.

—¡Eh, Van-Horn! gobierna hacia aquella punta. ¿La ves? —gritó el comandante.

Un viejo marinero, de barba blanca, piel bronceada y curtida por el sol y los vientos de los mares tropicales, y que empuñaba la caña del timón, dijo:

—La veo, Capitán. Aunque tengo sesenta años, aún conservo la vista.

El junco, que seguía costeano lentamente la aguda península que se extiende entre el mar de Coral y el golfo de Carpentaria, y que se prolonga por los bajofondos del estrecho de Torres, puso la proa hacia un promontorio peñasco, que parecía proteger una profunda ensenada.

Aquella costa, que el comandante seguía examinando con gran atención, parecía desierta. Se prolongaba hacia el Este con profundas escarpaduras y peñas enormes que parecían descansar sobre los escollos coralinos casi a flor de agua. No se descubría vegetación alguna en aquellas playas; pero a lo lejos se veían algunos grupos de los árboles llamados *eucaliptos rostrados*, verdaderos gigantes vegetales, pues suelen alcanzar hasta ciento cincuenta metros de altura; pero que no dan sombra alguna, porque sus largas hojas oscuras se presentan siempre de canto al sol.

El Capitán no parecía estar muy seguro de la aparente tranquilidad que reinaba en aquellas playas, y de cuando en cuando escuchaba con atención, como si quisiera perci-

bir algún otro rumor que el de las olas al estrellarse en los escollos.

La misma tripulación china parecía inquieta y miraba con desconfianza hacia la costa, como si temiese algún grave peligro.

En pocos minutos el junco, que navegaba ahora con gran velocidad, pues se había levantado un recio brisote del Oeste, dobló la punta peñascosa que el Capitán había indicado, y entró en una gran bahía rodeada de escollos coralíferos, y cuyas márgenes descendían dulcemente hasta el mar.

—¿Es aquí? —preguntaron los dos jóvenes.

—Sí —respondió el Capitán, que en aquel momento tenía puesta toda su atención en el agua de la bahía—. Aquí hay una verdadera fortuna para nosotros y para el armador del junco.

—¿Abunda aquí el *trepang*? —preguntó el mayor de los dos muchachos.

—Sí, Cornelio: haremos una pesca abundantísima en pocas semanas.

—Estoy impaciente por ver cómo se hace esa pesca.

—Y llegarás tú también a ser un hábil pescador y...

Un grito estridente que venía de la playa le cortó la palabra.

—¡Cooo-mooo-eee!

—¡Mil truenos! —exclamó el Capitán, arrugando la frente—. ¡El instinto no me engañaba!

—¿Es el grito de los *trepang*? —preguntó Hans.

—Los *trepang* no gritan.

—¿Es, acaso, algún otro animal? —dijo Cornelio.

—Peor todavía. Es el grito de alarma de los australianos.

—Pues yo no los veo.

—No importa; ellos nos han visto —dijo el Capitán, que se había quedado pensativo.

—¿Y temes que nos ataquen?

—Ahora, no; pero temo por los chinos. Como sepan que hay australianos caníbales en la playa, no querrán desembarcar.

—Capitán Van-Stael, ¿habéis oído? —dijo el viejo marino que había entregado a un chino la caña del timón.

—Sí, viejo mío; pero no renunciaré a la pesca. La bahía está llena de *trepang*, y no quiero perder una carga que puede valernos veinte mil duros.

En seguida, enderezándose sobre el castillo de proa, gritó:

—¡Abajo las anclas y las velas!

En aquel momento se oyó salir de entre las escolleras de la playa el mismo grito de antes.

—¡Cooo-mooo-eee!

—¡Todavía! —exclamó el Capitán—. ¿Es una amenaza, o estos tunos tratan sólo de asustar a mis hombres?

—Es un grito de llamada, Capitán —dijo el viejo Van-Horn.

—¿Habrá alguna tribu acampada por estos contornos?

—Ya sabéis que en la temporada de la pesca estos salvajes acuden a la costa con la esperanza de proporcionarse carne humana. El año último las tripulaciones de tres juncos fueron devoradas por los salvajes del cabo York.

—Lo sé, Van-Horn. He visto los restos de uno de aquellos juncos en las playas de la isla Edward Pellews; pero nosotros no vamos a tener miedo de los australianos.

—Estad, sin embargo, sobre aviso, Capitán. Ya sabéis que son capaces de cortar las maromas y de romper las cadenas de las anclas para que vayamos a embarrancar en las escolleras.

—Estaremos atentos, Van-Horn. Entre tanto, que carguen las lantacas y suban a cubierta los fusiles para proteger a nuestros pescadores.

En tanto que hablaban, la tripulación china había echado las dos anclas de proa y una pequeña de popa para afir-

mar mejor el buque, y después procedió a enrollar las velas de los palos mayor y trinquete.

—Apresurémonos —dijo el Capitán a la tripulación—. Si todo marcha bien, dentro de tres semanas habremos completado nuestra carga, y dentro de seis estaremos de vuelta en Lia-King...

El Hai-Nam, que así se llamaba el junco, había salido un mes antes de Timor, isla de las Molucas, para la pesca del *trepang*, bajo el mando del Capitán Van-Stael, holandés de Batavia. En otros tiempos Van-Stael, que gozaba fama de valiente hombre de mar, había navegado por su cuenta y en nave propia, dedicándose a la pesca del *trepang*; pero a los cuarenta años, cuando ya se creía suficientemente rico para acabar su vida entre comodidades en alguna ciudad del Extremo Oriente, tuvo la desgracia de arruinarse.

Una noche tempestuosa su buque naufragó en el mar de Coral, junto a la costa australiana, y de los veinte hombres que componían la tripulación, sólo él y el viejo Van-Horn pudieron salvarse en un madero. No se desanimó por aquella desgracia, aunque fue para él un desastre. Se sentía con fuerzas todavía para rehacer su fortuna; y vuelto a Timor, ofreció sus servicios a un rico negociante de *trepang*, el chino Lia-King, el cual, sabiendo con qué experto y hábil marino trataba, no dudó en confiarle el mando de uno de sus mejores juncos.

Van-Stael, aunque nunca había tenido gran confianza en aquellos barcos de construcción china, muy poco seguros para los malos tiempos, partió para la costa septentrional de la Australia, y en pocas semanas completó su carga de aquellos coriáceos moluscos, que son tan apreciados en los mercados chinos y malayos.

Aunque en aquella primera campaña de pesca había realizado muy buenas ganancias, al principiar la nueva esta-

ción volvió a hacerse a la mar, llevando esta vez consigo a sus dos sobrinos, huérfanos desde hacía varios años, y a los cuales pensaba llevar consigo en todos sus viajes para hacer de ellos dos buenos marinos.

Los dos jóvenes, hijos de un valiente capitán, muerto en las costas de Borneo en un encuentro con los piratas del sultán de Varanni, aceptaron con entusiasmo la proposición de su tío, por más que no ignoraban los peligros de la pesca del *trepang*, no porque estos moluscos estén dotados de armas defensivas, sino por los parajes en que hay que pescarlos, poblados todos ellos de salvajes antropófagos.

Eran entrambos bien jóvenes, como ya hemos dicho — Hans de diez y seis años y Cornelio de veinte—; pero el capitán Van-Stael podía estar seguro de su valor, porque acostumbrados a andar por las espesas selvas de Timor persiguiendo animales salvajes, y a navegar por los peligrosos mares de las Molucas, eran hombres para todo.

Queda, pues, explicado cómo aquel junco, con tripulación china mandada por europeos, había anclado en aquella profunda bahía de la costa de Carpentaria, donde tanto abundan los *trepang*.

II

LOS PESCADORES DE TREPANG

NO hay pueblo más extravagante que el chino para comer. Es aficionadísimo a las agallas de pez-perro en salsa encarnada, a los nidos de golondrinas marinas, que tienen una substancia gelatinosa, pero insípida^[2], a las lombrices saladas, a los renacuajos, a las ratas saladas, a los perros y, sobre todo, al *trepang*.

Puede decirse que desde muchos siglos antes de que los navegantes europeos conocieran la existencia de la Australia, iban barcos chinos a las playas septentrionales de ese continente y a las costas de la Nueva Guinea a pescar ese extraño molusco. Impórtasele en enormes cantidades en el Celeste Imperio; pero aún son pequeñas para satisfacer la demanda: tanta es la afición que le tienen los chinos. En ningún banquete chino falta ese manjar, que bien puede calificarse de nacional. Los provechos que rinde su pesca han excitado el espíritu mercantil de los europeos, y se dedican muchos a ella. Así como hay pescadores de arenques, de ballenas y de focas, hay pescadores de *trepang*, los cuales todos los años, en la estación propicia, llegan desde los puertos más lejanos hasta las aguas del estrecho de Torres, del mar de Coral o del golfo de Carpentaria.

Aunque muchos de esos buques no vuelven más a su país o vuelven con las tripulaciones diezmadas, el negocio

se sostiene por lo lucrativo que es. Saben los que lo explotan que los salvajes están dispuestos a aprovechar la primer tempestad para cortar las cuerdas y cadenas de los barcos y hacer que se estrellen en los arrecifes; saben también que si caen en sus manos acaban su vida guisados en salsa verde, y, sin embargo, van allí a pescar, porque los chinos pagan muy caros esos moluscos. Pronto los conoceremos.

Pero volvamos a nuestra nave, cuya tripulación, a pesar del grito de los Australianos, que aún resonaba en el espacio como una fúnebre amenaza, se preparaban a la pesca.

La nave estaba fuertemente anclada, como ya hemos dicho. Había puesto la proa mirando a la boca de la bahía, dispuesta, en caso de peligro, a abandonar aquellos parajes. El capitán Van-Stael había hecho botar al agua una gran chalupa, y se había embarcado en ella en compañía del viejo Van-Horn, de Hans y de Cornelio.

Inclinado hacia el mar, se había puesto a observar el agua con gran atención, explorando el fondo de la bahía, que se distinguía perfectamente.

—Tenemos siete brazas de agua —les dijo con aire satisfecho—. Nuestros pescadores no tendrán que fatigarse mucho.

—Pero ¿dónde está el *trepang*? —preguntó Hans.

—El fondo está lleno de ellos. ¿No ves nada entre la arena y las algas?

—Me parece distinguir unos rollos que se mueven.

—Pues esos son las *olutarias*, o, si te parece mejor, los *trepang* que pescaremos.

—Y son de los mejores, Capitán —dijo Van-Horn—. Mire usted los *bankolungan*, más al fondo los *kikisan*, los *talifan*, y más allá se perciben los *murrang*.

—Que los chinos pagan muy caros, viejo mío —dijo el Capitán—. Hay aquí una verdadera fortuna que pescar.

—¿Nos dirás, al fin, lo que son esas *olutarias*? —preguntó Hans.

—Sí, muchacho —respondió el Capitán—. Anda, Van-Horn, haz que bajen los pescadores.

Diez chinos medio desnudos, que llevaban al cinto largos cuchillos ligeramente curvados para defenderse, en caso de necesidad, de los peces-perros, que abundan en aquellas aguas y que son tan aficionados a la carne humana como los antropófagos de la costa septentrional de la Australia, bajaron a la chalupa a una orden del viejo marinero, llevando en la mano izquierda una especie de red capaz de contener muchas *olutarias*.

—¡Ea! ¡Manos a la obra sin perder tiempo! —dijo el Capitán después de haber examinado la entrada de la bahía para convencerse de que no había peces-perros en ella.

Los diez pescadores, escogidos entre los mejores nadadores y buzos de la tripulación, se echaron a una al agua.

Los dos jóvenes, inclinados al borde de la chalupa, seguían con gran curiosidad las maniobras de los valientes pescadores. El agua de la bahía, tranquila y transparente como un cristal, les permitía distinguir perfectamente a aquellos hombres, que procedían con gran rapidez cogiendo moluscos, que iban echando en la red.

Bien pronto uno de ellos, pasado medio minuto, salió a la superficie con la red llena hasta rebosar, la cual entregó al viejo Van-Horn, que la vació en el fondo de la chalupa. Aquella primera redada consistía en diez *olutarias*.

—¿Qué moluscos son éstos? —preguntaron Hans y Cornelio, que se habían agachado para observar mejor.

—Los *trepang* —dijo el Capitán—; y de los mejores, muchachos.

—Parecen cilindros rugosos —dijo Cornelio.

—Sí; pero con tentáculos —añadió Hans.

El Capitán tomó en la mano uno de aquellos moluscos y se lo enseñó a sus sobrinos. Este extraño habitante del mar parecía, en efecto, un cilindro, provisto, en una de sus extremidades, de un círculo de tentáculos plumosos; pero ca-

recía de cabeza y de ojos, y su boca era una especie de agujero.

Tenía doce o quince pulgadas de largo, y su piel, que parecía muy resistente, mostraba a lo largo del cuerpo cavidades muy singulares, pues tan pronto se dejaban ver como se ocultaban.

—Es una *olutaria bankolungan* —dijo el Capitán—. Es una especie muy apreciada, y que los chinos pagan bastante cara.

—Y ¿cuál es la conformación de esos moluscos? No les veo ni cabezas ni ojos.

—No tienen cabeza ni ojos, Cornelio. Tampoco tienen oído ni olfato, pues les faltan los órganos de esos sentidos. Su cuerpo es un verdadero saco, envuelto en músculos muy fuertes, duros y resistentes, y parece no tener otra función que la de comer o, mejor dicho, devorar.

Viven en grandes familias en el fondo de aguas claras y tranquilas, y se arrastran como serpientes, apoyándose en las esponjas que suelen rodear sus cuerpos, y se nutren de algas marinas y de otros moluscos. Suelen tragarse hasta las arenas, piedrecillas y trozos de coral.

—¡Qué estómagos! —exclamó Hans—. Deben tener un aparato digestivo poderosísimo.

—Su estómago es un tubo que les ocupa todo el cuerpo de punta a punta. En uno de los extremos de ese tubo tienen la boca. Por ella les entra el alimento, el cual recorre todo el tubo interior, y sale por el extremo opuesto sin detenerse.

—Y esos tentáculos que les rodean la boca ¿de qué les sirven?

—Para agarrar las algas, piedras y demás objetos que se comen.

—Me parece que a éste le faltan algunos.

—Es verdad, Hans. Los peces atacan a las *olutarias* y suelen comérseles los tentáculos si no consiguen retirarlos a tiempo; pero aun en ese caso no pierden para siempre

los tentáculos, pues se les reproducen al cabo de cierto tiempo. Toma ahora esta *bankolungan*, que aún vive, y apriétala un poco entre tus manos.

El joven hizo lo que su tío le indicaba, y vio contraerse el molusco hasta reducirse a una especie de bola y lanzar primero un chorro de agua y después una materia oscura, que se le extendió por los bordes de la boca.

—Son los intestinos del molusco —dijo el Capitán anticipándose a contestar a la pregunta que iba a hacerle su sobrino—. Su contracción muscular es tan fuerte, que le hace expeler las vísceras.

—Si yo arrojase ahora al agua esta *olutaria*, ¿podría vivir?

—Sí; y viviría aunque le arrancaras los intestinos, pues no tardarían en reproducirse.

—¡Qué animal tan extraño! —exclamaron los dos jóvenes en el colmo de la sorpresa.

—Pues esto es más extraño todavía —dijo el Capitán recogiendo otra *olutaria*, de cuya boca salía un pececillo de pocos centímetros de largo, vivo todavía.

—¿Tal vez un pez que no ha podido digerir? —preguntó Cornelio.

—No; es el compañero de la *olutaria* —respondió el Capitán.

—No te comprendo.

—Me explicaré mejor. Estos pececillos, no se sabe aún por qué motivo, viven en el vientre de estos moluscos. Les entran por la boca y se les pasean por dentro como si estuvieran en su casa.

—¿Y la *olutaria* los tolera?

—Desde luego que sí, pues con su poderosa contracción muscular podría expelerlos fácilmente, y, por el contrario, los deja en paz, como si la visita le fuera agradable.

—¡Es maravilloso! —exclamó Hans—. Y ahora dime, querido tío: ¿son tan excelentes como dicen los chinos estos moluscos?

—Tienen un sabor parecido a los calamares; pero son muy duros, y para comerlos se necesitan muy buenos dientes, porque son elásticos como la goma. A los chinos, malayos y cochinchinos les gustan muchísimo; pero nosotros los europeos preferimos otros pescados más finos y sabrosos.

—¿Y se paga caro el *trepang*?

—Carísimo, Cornelio. La calidad mejor se paga en los mercados chinos de veinte a treinta y cinco pesos el *piku*^[3]. Los hay de calidad inferior, que se pagan entre seis y diez pesos.

—Debe de ser muy buen negocio para los pescadores.

—No siempre, Hans, porque las *olutarias*, lo mismo que las ballenas, van ya escaseando. En estas islas, que antes eran riquísimas en moluscos, hay ya muchos menos, por la incesante pesca que de ellos se hace. Es una verdadera guerra de exterminio, especialmente por parte de los barcos europeos y americanos.

Hasta hace algunos años las islas Likana eran célebres por la abundancia del *trepang* en sus aguas; pero desde que un capitán americano pescó durante el año 1845 doscientos sesenta y cinco pikules, y el capitán Muyne casi otro tanto en 1847, las *olutarias* desaparecieron de aquellas playas.

Y basta por ahora, sobrinos míos. Hagamos disponer la otra chalupa, y vamos a colocar las calderas.

—¿Las calderas? —exclamó Cornelio—. ¿Qué intentas hacer?

—Son necesarias para la preparación del *trepang*.

—¿Y los salvajes? —preguntó Hans—. ¿Nos dejarán tranquilos?

—¿No has oído hace poco un grito?

—Supongo que no se atreverán a acercarse. Al menos así lo espero por ahora. Saben que los hombres blancos poseen armas de fuego, y les tienen miedo. ¡Eh, Van-Horn! Haz que boten al agua la segunda chalupa.